

EL INDEPENDIENTE.

Este periódico se publica por la Imprenta de los Amigos, en los días Mártes y Viernes de cada semana. En la misma Imprenta, en la librería de D. Jaime Hernandez, y en la de Varela, en la Plaza, se admiten subscriptores á peso por mes, y los comunicados de interes que se dirijieren á sus Editores. El precio por número es un real; y los sitios de su venta son los propios en que se admiten suscriptores.

TOMO 1.—MONTEVIDEO, MARTES 17 DE NOVIEMBRE DE 1835. — N.º 32

EL ESTANDARTE.

Con toda la valentía que es precisa para aventurarse á largar indicaciones peligrosas, se ha publicado el miércoles un artículo, que envuelve la mas atrevida de las imputaciones.

Refiriéndose á cartas particulares, nos anuncian sus autores haberse *conjurado una gran tormenta*, con la aproximacion del Jefe Supremo de la República. Es por primera vez que oímos hablar de peligro tan inminente: y es bien extraño, que cartas de vecinos de la frontera hayan sido los instrumentos por donde la sociedad recibiese noticias de tanta gravedad. El amágo que se supone á la paz interior del Estado, y la violacion de los principios de neutralidad que deban sostenerse en las cuestiones entre los continentales y el gobierno jeneral, son cosas, que no es á los particulares á quienes competía comunicarlas, siendo del grandor que les atribuyen los EE. del *Estandarte*. Pero contrayéndose mas al espíritu de las ideas, que á lo material de las palabras, se viene á dar con el motivo de todo ese aparato: se halla, que la *tormenta conjurada*, era el preámbulo de la imputacion alusiva que iba á hacerse precisamente á una notabilidad de la República. Asi es, ó parece al menos serlo, desde que envueltas en el tejido tosco de las ambigüedades del período ó párrafo siguiente al en que se nos revela aquel secreto, se halla la traidora frase con que una voluntad desarreglada, ofende y autoriza á todos á declararse en oposicion del imprudente escritor, ó á servir de instrumento á los fines á q' se han propuesto llegar con la invectiva. Tal es el doble efecto que necesariamente ha de producir en el ánimo de los que leyeron y leyeren el fragmento del artículo que observámos. Lo copiaremos, para que no divague nuestro exámen, y se pueda valorar la exactitud del juicio que nos hemos permitido formar.

"Todos conciben, [dicen los EE. del *Estandarte*] y una esperiencia demasiado dolorosa, acredita la influencia que ejerce en una gran mayoría de ilusos, los lazos que tienden á la buena fé de los hombres no pensadores, **ALGUNOS QUE CONFIAN EN SU PRESTIJIO Y EN SU NOMBRE**; y por eso no dudamos de la certidumbre de lo que aseguran las cartas á que nos referimos." En este trozo hai dos incidentes dignos de notarse. El primero, es la influencia que ejercen en la mayoría de ilusos **ALGUNOS QUE CONFIAN EN SU PRESTIJIO Y EN SU NOMBRE**: el segundo, creer con ese fundamento lo que *aseguran las cartas* á que se refieren; y de ambos, no puede dejarse de suponer, que en esas cartas se anunció, que algunas notabilidades de la República, confiadas en su *prestijio*, *tendieron lazos á la buena fé de los hombres no pensadores*. Y he ahí entónces un motivo poderoso para exigir la publicacion de las cartas; porque, desde que ellas sean de orijen tan respetable, que merezcan ser creídas: desde que refiriéndose á hechos que podian comprometer la neutralidad y disminuir la reputacion de

quienes, *confiando en sus prestijios*, tendieron lazos á los ilusos: desde que apoyados en sus aseveraciones, se ha dejado al público vagar en el infinito espacio de las conjeturas, el público tiene derecho de instruirse en todos los pormenores de esos *peligros conjurados* con la presencia del primer Majistrado de la República y de su Ministro: para agradecer y vituperar en su caso, ó declararse enemigo de la lijereza y valentía de las alusiones de los EE. del *Estandarte* en el otro. No hai medio; ó la revelacion es cierta, ó es uno de aquellos tiros cobardes, pero malvados, que se dirijen al que se aborrece y teme, q' quieren anonadar, cuando no hai medios de realizarlo. Los EE. del *Estandarte* cargaron con la obligacion de manifestar esas cartas, ó los nombres de las personas á quienes dirijen sus indicaciones, so pena de ser tenidos ahora y siempre, como instrumentos ciegos de pretensiones abanzadas.

Siguiendo el exámen del artículo que nos ocupa, hallámos, que los grandes peligros que corrió la República, y esa *tormenta conjurada*, se habian compuesto de algunas voces y mamejos tan comunes y vulgares, que mueven á compasion se hayan tomado para dar importancia á lo que no podia tenerla. ¿Qué tiene de extraño hubiera circulado la voz de que *las fuerzas del Estado pasarían al territorio limítrofe á sostener al gobierno legal*; que á la sombra de esa noticia se iniciasen alistamientos, y que se efectuasen tambien? ¿Les era vedado acojer esos medios de persuadir y animar á los que precisaban, á esos jefes interesados, que acababan de separarse del teatro de los sucesos? ¿Envuelve alguna imposibilidad el conjunto de las especies, para que no pudieran ser parto del jeneral Barreto, ó del comandante Silva? Para decidirse de un modo negativo, sería preciso haberse obsecado en el error mas extravagante y ridiculo. El lazo mas á propósito para prender, no solo á los ilusos, sino tambien á los q' se supongan no serlo, es el ofrecimiento de las *vacas*. ¿Y quien podría ofrecerlas? ¿Alguna notabilidad de la República? Es mas que probable que no; porque ni su posicion, ni sus derechos, le presentaban oportunidades para cumplir con el compromiso, que pesaria sobre ella. Mui torpe y atrevida es la idea, cuando separándose de lo posible, pretende arrojar acriminaciones por hechos de tal naturaleza.

Si es cierto que se anunció la pasada de fuerzas nacionales en proteccion del gobierno legal, la razon y el buen sentido, aconsejan á creer, que los continentales habian recurrido á esa esperanza para entretener á los amigos y debilitar el espíritu de desicion de los que no lo eran; pues nada otra cosa se presta tanto al convencimiento. Si el ofrecimiento de vacas, es tambien una verdad, ¿cuales podrían ofrecer mas garantias á quienes admitieran los ofrecimientos, los jefes que intentasen una reaccion, ó esos pretendidos hombres de *prestijio* á quienes se les hace la injuria atroz de presentarlos consintiendo las reuniones, que debian preparar la *tormenta*?

Cuando se dá tanta elasticidad á los pensamientos:

quando se deja correr la pluma con la propia velocidad con que se suceden las ideas en nuestra imaginacion: quando no se medita en lo que se dice en público y para la sociedad; qué otro fruto se puede recojer, que el error, la profanacion de los respetos debidos á los hombres y el compromiso de las autoridades? Los EE. del *Estandarte*, conducidos por un vicio peculiar á ellos, y de que adolecen todas sus producciones, han manifestado lo poco que se cuidan de sostener dignamente la distinguida posicion que ocupan, y el color que los distingue entre los escritores: no han recordado, que incluidos entre los ministeriales, por la opinion mas pronunciada, todas sus alusiones, no obstante la cubierta de sus ambigüedades, hasta cierto punto daban lugar á interpretaciones, desde que ha podido sospecharse que sus tiros se dirijen al Comandante General de campaña. Si lo fuera: si efectivamente todas las alusiones y el veneno se dirijian á esa notabilidad, no estaríamos distantes de determinar el fin. Pero esperamos se publiquen las cartas, para volver á tomar los puntos que hemos sostenido: que se manifiesten quienes son esos, que confiando en su prestigio y en su nombre, tendieron lazos á los ilusos. Es preciso no olvidar esas espresiones, y que las vertieron los EE. del *Estandarte*.

PAPELES PUBLICOS.

Bajo un título igual en el N.º 30 nos contrajimos á dar noticia de un impreso que nos dirijieron de Buenos Aires; y lo verificamos, tomando por regla la conducta circumspecta, que seguiría cualquier hombre, que valorando el crédito de la América, considerase lo que la perjudicaría la desercion de cualquiera de los nuevos Estados de la gran causa del género humano: nos abstuvimos por eso, primero: de publicar el impreso que se nos habia remitido con ese objeto: segundo, de hacer comentarios abultados sobre el espíritu y fin que parecía tener el escrito. Los EE. del *Estandarte*, han desaprobado nuestra conducta, y suponiéndonos embarazados por otros motivos, que no fueren dignos de acojerse por un hombre libre y patriota, se han encargado de impugnar el impreso; zaherir á sus autores, y sancionar los actos del poder contra quien se dirijieron los mas de sus conceptos. No nos incumbe el declararlos en oposicion de esos trabajos; estamos ciertos, que no merecerán la aprobacion de ninguna persona que medite sobre ellos con desapego de toda otra afecion, que no sea el patriotismo; y que juzgue sobre sus resultados, sin alucinarse. Lo que nos pertenece, es hacer sentir, que no fué el recelo quien nos indujo á trazar unos límites tan pequeños.

Si todas las opiniones se pudieran publicar sin tener resultados, ó inferir perjuicios, nosotros nos hubiéramos aprovechado de las concesiones de la Lei de Imprenta, aumentando la publicidad de ese documento, que será para el gobierno de que se ocupa, como la vista fiscal en los procesos—una acusacion formal de los crímenes de un hombre;—pero hemos fijado nuestra consideracion en el espíritu del siglo: en los motivos de la revolucion Argentina: en los principios que propalaron sus hijos, y sostubieron: y viendo la discordancia entre la marcha que se acusa y aquellas causas, sacrificamos al crédito exterior de aquel pueblo, los sentimientos que inspira su estado político. Si es conveniente, que las prevaricaciones de los gobiernos se disminuyan, no debe serlo menos la economia en la relacion de hechos, que manchen la historia de una nacion, y la degrade entre los estraños, mas que lo hayan hecho los propios para conseguir oprimirlos.

La historia de Buenos Aires ofrecerá páginas, en donde sus hijos encontrarán motivos para envanecerse. ¿No convendría arrancar aquellas, en donde estubiese escrita la depresion del jénio y el entronizamiento del vulgo? ¿No sería útil hacer un paréntesis, que sepa-

ráse los días aciágos y de oprobio, de los que consagraron á la gloria, á la libertad y al saber? Un acto bien semejante, nos parece haber ejecutado, al circunscribirnos á decir lo preciso sobre el impreso en cuestion. No podíamos negar la exactitud con que habian trazado el cuadro que nos ofrecian sus autores: menos disculpar la persecucion declarada á hombres eminentes, á sus obras y á sus conocimientos. Siendo hijos de la libertad, y enemigos por convencimiento del poder absoluto, nuestras opiniones debían ser conformes con las que se manifestaban, quejándose: porque donde haya opresores y oprimidos, todo hombre justo debe compadecer á los unos y aborrecer á los otros. Un sentimiento universal, y no el espíritu de partido, es quien dicta entónces los conceptos y forma las opiniones, que aprueban ó condenan. Nosotros, jamas aprobarémos la marcha de los gobiernos, que se sobrepongan á los principios reconocidos entre los pueblos ilustrados: bajo ningun pretesto reconocerémos otros derechos, que los de la justicia. ¿Hai opresores? ¿hai oprimidos? Siempre nos merecerán odio los primeros, y amor y compasion los segundos, sean cuales fueren los colores políticos que los distinguan. Alimentados con estos sentimientos, ni podíamos hacer mas, ni decir menos, habiendo leído el impreso de que queríamos dar noticia.

Los EE. del *Estandarte*, que se dirijen por otras reglas; que apoyados en la libertad de escribir, no consultan mas que á su voluntad é interes; que ni se detienen por las trabas que pone la politica, ni por obstáculos, de temer el descrédito del suelo Americano; pueden muy bien, haciendo alarde de la valentía, exitar prevenciones, transcribiendo ese impreso en sus páginas; granjearse el aprecio de algunos, aprobando las persecuciones de otros: sostener de un modo indirecto los abusos del poder. Nadie lo estrañará; porque, quien se permitió decir, que puede un hombre de partido destruir las leyes, no se desdeñará de revindicar los derechos de la tiranía. No hai mucha distancia entre el poder absoluto y el primer paso de la anarquía. Los EE. del *Estandarte*, no temen á ésta; ya lo manifestaron. Nos dicen ahora, hablando del gobierno de Buenos Aires y de un partido, lo siguiente: HOI HA LOGRADO SU FIN.  Debe, pues, aniquilarlos, y ellos deben sufrir, sin quejarse, de su anti-patriótica conducta: el tirano, si es que Rosas lo sea, tiene razon.  Asi lo dijeron: y nosotros no estamos resueltos á contestar esas proposiciones. Llamámos si la atencion pública á esos pensamientos estampados en el mismo periódico en que se dijo en otra ocasion:  Todo hombre que arrastra opinion en su país, puede hacer una revolucion; y que para ello no hai mas que encabezar su partido, proclamarlo, desplegar su bandera, sorprender y derripar la autoridad.  ¡Esto es lo que puede llamarse ser apóstol de la anarquía y del despotismo, á la vez!

Nosotros injenuamente confesámos, hallarnos desprovistos de la facilidad con que nuestros coescritores desempeñan caracteres tan opuestos y difíciles. Confesámos, que nos es imposible hablar como amigos del orden, al mismo tiempo que incendiamos la téa de la discordia: de libertades, prostituyéndonos por el interes, ó las mas condenables pasiones. Tenemos una sola fé; principios inalterables. Jamas sostubimos una opinion política, ni de disciplina eclesiástica, de que hubiésemos abjurado. A esto es, á lo que limitámos nuestro valor periodístico; y á poder repetir, que como hijos de la revolucion, y Americanos, apreciamos en un valor infinito el crédito del Mundo de Colon.

La continuacion del artículo pendiente sobre *Educacion Primaria*, que se habia suspendido por dar preferencia á otros, volverá á seguir su continuacion en el próximo número.

CORRESPONDENCIA.

SR. EDITOR DEL INDEPENDIENTE.

Si hemos de estar á lo que se publica en los Diaños de esta capital, á las proclamas y manifesto del jefe del movimiento del Rio-Grande, en nada menos piensan sus habitantes, que en separacion ni independencia: mas si hemos de creer á cuanto dijéron los Editores del *Estandarte*, aquellos documentos nos ocultan la verdad de las pretensiones del jefe del movimiento. ¿A que parte se podrá decidir, Sr. E., sin esponerse á que le saquen á uno los colores á la cara por no tomarse el trabajo de esperar? Segun mi opinion, yo estoi porque no debe negarse la posibilidad de ser cierto lo que se manifiesta a la vista y paciencia de todos, y nada mas; pues asi se evitará un arrepentimiento que siempre mortifica, cuando uno traga la píldora y no fué el suceso como se pensaba.

¿Hai razones para inclinarse á decir, que los E. del *Estandarte* no se equivocan, sosteniendo que se trabaja por la independencia en todo lo que hacen los hombres del Rio-Grande? Sí, señor, las hai; porque parece una tontera haberse espuesto á sufrir incomodidades, recibir balazos, y someterse á otras consecuencias, por solo el gustito de cumplir con la conseja de los E. del *Estandarte*—de *hacer una revolucion y deponer las autoridades*; porque para hacerse justicia al pueblo, no es lo mejor que se tome la demanda por sí, haciéndose juez y parte, y decidiendo á trancasos. Yo creo que este es el último remedio que le queda á un pueblo oprimido; y que lo adopta, resuelto á todo; y en ese todo, puede entrar mui bien algo mas, que el querer hacer ostentacion de hombre de partido el jefe del movimiento, y en su consecuencia ejecutar lo que nuestros políticos los E. del *Estandarte* dijeron—*podía hacer todo hombre*. Asi es como creo, que puede ser posible que se desee la independencia, y q' aun se hayan preparado los Rio-grandésos á satisfacer esos deseos. Pero ¿podrán conseguirlo? ¿Es tan fácil que se lleven al cabo esas pretensiones sin el auxilio y cooperacion estraña? ¿Sin que los demas Estados del Imperio digan tambien—por aquí es el camino, y me voi sin reparar en lo que pueda sobrevenir?

Sujetándome á lo que es real y verdaderamente la poblacion del Brasil; á los temores que inspira aun al de ideas mas quijotéscas, la masa enorme de jente de color y esclava, sin poderlo remediar se encuentra uno en la forzosa obligacion de decir, que solamente estan-

do locos podrían haber supuesto, que los continentales quisiésen formar una República ellos solos, y sin otro auxilio que sus montes, rocas y la naturaleza de sus costas. El republicanismo para el Brasil, es un pensamiento tan descabellado, como el de la *monarquía universal de la América española, el imperio de Iturbide, y la dictadura perpétua en Buenos Aires*. Proyectos destructores, de sangre y desolacion en su medio, é inconservables á su término.

Cuando se me ha anunciado que el destino del Brasil, es seguir la suerte de los demas Estados Americanos, he dicho para mí—*guarda Pablo*, que te va nada menos que la vida y tu seguridad. Porque asi como es una quimera estar tranquilo en las planicies circunvecinas del Etna ó Vesuvio en el acto de una erupcion; asi tambien sería como un sueño, que los vecinos del Brasil tubiesen razon para contar como triunfo á la libertad por una revolucion de ideas, que iba á conmover tantos elementos enemigos.

Cuando me he querido alucinar, como lo hicieron los E. del *Estandarte*, sin negar que es un emplasto la forma del gobierno del Brasil, he dado contra la dificultad de ese compuesto etereojeño de la poblacion, tan monstruosamente inclinado hácia la parte mala; y sin poderlo remediar, he convenido con otros en confesar afirmativamente, que no era posible; por que están mui verdes los elementos sociales. ¿Y quien es el que no vé los inconvenientes? ¿Cual es el que no los toca? Puede ser que solamente sean los estraños á la América: aquellos á quien no les importa ni un bledo que concluyamos bajo los filos del despotismo brutal de la pleve, ó despedazados por la anarquía. Mas yo no pienso asi, Sr. E. La anarquía me es tan temible, que me afecta cuando estalla en Méjico, lo mismo que sintiéndose su furor en Colombia, Perú, Buenos Aires ó Brasil. Y los favores que hace la tal señora á los pueblos, no son para quererse.

Nada tengo de comun con los brasileiros. Sus opiniones políticas, hasta ahora lograron envacunárme; pero como Americano que soi, les debo desear bienes mas positivos, que los que le quisieran ofrecer como un obsequio los E. del *Estandarte*. *¡Viva la gallina, y viva con su pepita!* decían nuestros padres; y asi deben repetir los buenos brasileiros: porque *las ubas están mas verdes*, que cuando las vió la Zorra; y hai *moros en la costa* que agüaitan la ocasion y esperan el toque de arrebató. Por todo eso,

no creo en nada, Sr. E.; ni en las brujas, ni duendes de que me hablaban tanto cuando era chico. La revolucion del Rio-Grande, será lo que fuere; mas si es lo que se dice, los resultados no serán tan agradables. S. S.

EL CURIOSO.

VARIETADES.

Recuerdos, impresiones, pensamientos y pasajes, durante un viaje á Oriente, por Alfonso de Lamartine.

Una de las opiniones que mas se han jeneralizado en este siglo, es que un grande poeta, no puede escribir bien en prosa. Mas no obstante, á primera vista parecerá que el poeta, habituado con sus prolongados trabajos á dulcificar un idioma duro y rebelde; á reducir á un tejido nervioso la tráma difusa de sus pensamientos, debe hallarse para la prosa mas señor de sí en los pensamientos menos elevados y mas fáciles. El talento flexible y fuerte, que llegó al punto de burlarse de las caprichosas arbitrariedades del número y de la ríma, y á conservar bajo de su dominio un idioma libre y fácil, puede desenvolverse con facilidad en los espacios del periodo que no depende de la ríma. El sigue en esta prosa con marcha independiente; y asi como una ave puede descansar sobre la tierra despues de haber volado; asi como un preso que goza de libertad, su estilo respira mas franqueza, y manifiesta, por decirlo asi, soltura y desembarazo. Lejos de perder nada con eso, adquiere la única de las altas cualidades del estilo, que muchas veces falta á la poesía de la edad de la civilizacion—lo natural y la simplicidad—dones de la literatura moderna y de la poesía primitiva: demasiado aproximada á la prosa, para haber perdido esa fortaleza que constituye su mayor encanto.

Esta opinion contra la prosa, que combatimos sin esperanza de convencerla, espresa á nuestro modo de ver la especie de oposicion que se habia efectuado de ante mano contra la primera obra en prosa que ha publicado Mr. de Lamartine. Asi mismo, antes de su publicacion, gozaba de la opinion de muchas personas sensatas, y que no eran prevenidas contra la alta reputacion del autor de las *Meditaciones*, suponiendo no sabía escribir en prosa. Los elogios que se prodigaban sin restriccion á sus versos, eran un derecho que se abrogaban para maldecir su prosa, y para sofocar al prosista bajo las coronas adjudicadas al poeta.

Contra ese capricho tan poco jeneroso, es contra el que tiene que luchar Mr. Lamartine:

á él es al que cedieron, sin merecerlo tal vez, la mayor parte de los órganos de la Imprenta, que nos han precedido en el conocimiento que han dado de esta obra; que es á los que nosotros queremos contestar. Tal vez, para que respondiésemos á la crítica bien, hubiese el autor hecho mas fácil nuestra tarea, si de antemano hubiéra previsto las objeciones que tenemos que revatir por él, y las increpaciones que nosotros tendríamos que hacerle. Poseído en demasía de los recuerdos de algunas notas incoherentes y sublimes, dirigidas á la prensa por Lord Biron en sus *Viajes* ricos, y confusos materiales de poesía en prosa, que el cantor de D. Juan reunía sobre la paleta; deseoso sin duda de evitar una peligrosa concurrencia con el *Itinerario de París á Jerusalem*, Mr. de Lamartine no quiso darnos un viaje al oriente. En vez de estampar en su libro esta fuerte y fecunda unidad, que habría hecho de él una especie de drama movedido, encadenando las exenas las unas con las otras, quiso darnos antes el apunte de un viajante: pájinas ricas y con colores, en que cada una fuese un cuadro; mas que en la vuelta de cada oja ocultáse lo que se acababa de ver. Ademas, preocupado con el laborioso edificio de un poema, de que esas pájinas no son mas que el peristilo, concibió la empresa; y sin tener tiempo de escojer todos los materiales que halló en el camino, cual pintor que medita sobre la forma de algun cuadro grande, reunió retóques sobre retóques, y reprodujo bajo mil formas el pensamiento, único sobre el que habia de descansar su obra.

Tal vez que Mr. de Lamartine juzgáse, que con ese título modesto de *notas de impresiones y recuerdos*, desarmaría la crítica ávida de indemnizarse de quince años de elojios por un dia de censura: ahora, pues, juzgámos que él se engañó: juzgámos que rompiendo en un tejido mas compacto y mas continuo, esas notas tan llenas de imaginacion y de pensamientos, remediando los desvaríos de su vision vagamunda; desbastando á veces tambien algunas de esas digresiones á que se deja arrastrar el viajero, y de esas preocupaciones de la Europa, que no cualquiera gusta hallarlas al pie del Lívano: en fin, dando á su libro un título (mas francamente, ambicioso) de *Viaje al Oriente*, el autor habría sido tratado en la crítica mas favorablemente, y habría pasado sin sufrir comparaciones desventajosas, que ni se deben solicitar ni temer.

(Continúa)